



¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Hosana!
En domingo de Ramos
es cuando comenzamos
á atracarnos la gente de sotana.

EL ULTIMO TRABAJO DE UN REPORTER

PEREZA

Con este artículo doy por terminada la serie. No hay asunto digno de este nombre. No hay en España ningún asunto que merezca ser tratado. Unicamente los concejales tienen el raro privilegio de despertar la atención pública. Las chocarrerías de la mayoría-minoría de nuestro Ayuntamiento atraen la curiosidad y excitan el vivísimo interés de los ciudadanos.

Pero ahora resulta que este Lopez, campeón de la Medicina cómica, se ha vuelto serio y fúnebre; su fracaso en la generosa tentativa de incinerarnos á todos le mueve á singular melancolía y le da el aspecto de un Palau sin máquina trituradora y la profunda filosofía de Valentí, tan admirada en los círculos republicanos.

Es un momento de alta tristeza, la hora decisiva de volver los ojos á Moret y á la policía organizada para esta última colonia española.

Si la pereza es nuestra cualidad patriótica, no podrá decirse que el Presidente brille también por su pasividad y su negligencia.

El ha dado una justa solución al pleito de las jurisdicciones, ha resuelto la cuestión de Algeciras y está pronto á reorganizar cuantas veces sea preciso la policía de Barcelona.

Jamás se podrá decir—si pasa algo gordo—que el jefe del Gobierno ha dejado de hacer todo lo posible para tranquilizar á la opinión alarmada y devolver la paz al país entero. La policía que viene es completamente desconocida de todo el mundo, y esta sola condición constituye una garantía de éxito, porque si nadie ve á la policía, nadie podrá afirmar que la culpa de lo que suceda la tienen los encargados de velar por la seguridad pública. De esta gran variedad específica de la lista de Moret dedúcese también que el viejo estadista—amigo de transferencias—tiene el propósito de meter en esa institución á la mitad de los españoles, para que al fin pertenezcan todos á la policía y no pierdan el tiempo en trasgredir la ley ó eludir la diestramente.

Al lado de esta devoradora actividad del Presidente observo la pasmosa inercia de los súbditos.

No es ya que pertenezcan á la raza de Cro-Magnon ni que sean tan escuerzos como el sociólogo Valentí Camp; pero tienen al menos la idiosincrasia de los pájaros bobos de Patagonia—ó tal vez poseen á fondo el refinado arte de los antiguos epicúreos, sin ese instinto que permite al superficial observador adivinar que Lerroix no puede morir como el teniente Schmidt, sino que ha de terminar dignamente su vida, en el Suizo.

Una invencible pereza subyuga á estos soñadores. Tardan un siglo en adoptar las modas de Marsella y los periódicos prehistóricos como *El Noticiero*, cuyo dueño finge viajes á Algeciras y al Polo ártico, y tienen la infinita paciencia, que yo les envidio, de comprar todas las noches *El Liberal* para saber, con veinte horas de inflexible retraso, que el *Huracán* se ha cernido majestuosamente por cima del mar latino en demanda de las tierras de Liguria.

Yo daría mi ciencia de reporter y todos los años que me quedan de vida para poder compartir esa nacional gabana. Es vergonzoso para mí tener que confesar que aventajo en incansable audacia á mis compañeros de oficio y que veo y preveo al concejal actual y al concejal futuro, que pienso constantemente en Pinilla y sus émulos, y que, si pudiera, tendría en mi casa dos ediles para saciarme en la contemplación de esos hombres que no cobran oficialmente su labor administrativa.

Ansiosamente deseo caer en el nirvana. Cuando llegue al grado de perfección que han alcanzado mis compatriotas, beberé con fruición el vino ponzoñoso que ellos beben, creeré en la suprema energía de Maura, fumaré impune los coraceros de la Compañía-Brinwilliers y depositaré mi voto en la urna que simboliza los derechos humanos. Este trabajo y el de admirar á Junoy serán—desde aquella hora ardentemente suspirada—el *quid divinum*, el *máxime cupio*, la *perpetual motion* y el *panta rei* de mi existencia.

IDIEL.



Nuevo secretario de Estado del gran ducado de Finlandia, teniente general A. F. Langof, y nuevo comandante jefe de San Petersburgo, general mayor Trotsky.

Gazmoñas y beatos

Los pecados capitales.-I

En estos días de ayunos
y abstinencias he notado
qué raya en lo exagerado
lo que practican algunos.

Conozco á un hombre formal,
tan devoto y tan cristiano,
que no habla ni aun á su her-
mano; porque es hermano *carnal*.

En pro del pescado lucha
en su casa, de tal modo,
que por ser pescado todo
él mismo resulta un *trucha*,
pues sé, por cierta persona,
que su temor á pecar
no le impide visitar
los viernes á una *jamona*...

Conozco á más de un beato
—¡alma candorosa y buena!—
que no falta á una novena,
y, piadoso y mojigato,
de su salvacion en pos
y á su beneficio atento...
¡presta al cuarenta por ciento
con santo temor de Dios!

Otro ir al cielo desea,
y, entregado al sacrificio,
ciñe á su cuerpo el cilicio,
las disciplinas emplea,
y, esclavo de la fe santa,
que brota en su alma sencilla...
¡pega luego á su *costilla*
cada paliza que espanta!

Hay señora que ha observado
siempre conducta ejemplar
y, pretendiendo evitar
con el ayuno el pecado,
está gorda y colorada,
predica la penitencia,
é imponiendo la abstinencia...
¡mata de hambre á la criada!

Y hay político eminente,
de altas virtudes ejemplo,
que pasa el día en el templo
rezando devotamente,
y entre el fervoroso arrullo
de su rezo, ante el altar...
¡es cuando suele tramar
los planes de algun chanchullo,

pues tras esas devociones
y conductas ejemplares
hay gazmoñas á millares
y *Pantojas* á montones.

Si el Cristo que abre los brazos
sobre el mundo impenitente
la emprendiera nuevamente



Quiere orgulloso el doncel
á los demás derribar,

porque quiere demostrar
que no hay más bolo que él.

en el templo á latigazos,
veríamos los mortales,
al calmarse el alboroto...

¡á más de un varon devoto
llenito de *cardenales*!

JOSÉ RODAO.

Pecados y pecadores

Antes de entrar en materia me conviene declarar un grave defecto mío. Es origen del defecto una irremediable idiosincrasia, por culpa de la cual me preocupan los sucesos y las cosas mucho más de lo que debieran preocuparme. Esta falta, que confieso con vergüenza, porque el hacerlo equivale á publicar que soy hombre de buena fe y un tanto bobalicon, me ha dado ratos malísimos, pues por culpa del malhadado defecto suelo dar importancia á cosas que no la tienen y á hombres que no debieran tenerla.

Pero, olvidando el pasado, me limitaré por hoy á

hablar de la última mala pasada que me acaba de jugar el declarado defecto.

Es el caso que hace tres ó cuatro días me encargó el director de este suplemento hebdomadiario de EL DILUVIO que tratara de escribir algunas líneas sobre los pecados capitales. El encargo en sí no encerraba cosa grave; pero era lo malo que el director deseaba que, quebrantando una muy vieja sentencia, hablara no solo de los pecados, que sabemos que son siete, sino que también dijera algo de los incontables pecadores que en este valle de lágrimas que limitan el Tibidabo y el mar pecan á diario á costa nuestra.

¿Cómo cumplir el encargo sin hacer lamentables omisiones? ¿Dónde hay papel ni paciencia para hacer la completa relación de los que viven pecando? Preferible era transcribir de punta á cabo el novísimo padron, que, por ser incompleto y defectuoso, será, de fijo, más breve que la lista que se me había pedido.

Estas consideraciones me resolvieron á no escribir el artículo; pero, no atreviéndome á dar cuenta de este acuerdo al director, me pasé todo aquel día ideando el modo de salir del compromiso. En estas cavilaciones me cogió la noche; inquieto me metí en la cama, y ya comenzaba á clarear el nuevo día cuando me quedé dormido, dando y tomando en lo que había de hacer.

Y, claro está, me ocurrió lo que debía ocurrirme. Hasta despues de dormido me seguía preocupando la cuestión que tan desasosegado me había tenido todo aquel día; en un momento revolví en mi agitado cerebro las cosas más desemejantes y heterogéneas: las virtudes y los concejales, el Ripalda y El Diluvio, los pecadores, los curas, mi artículo... ¡qué sé yo!

Luego, por obra de esos misteriosos trucos que son el encanto incomprensible de los sueños, me ví de repente transformado en cura. Este detalle dará idea á mis lectores de lo estrambótica y cruel que fué aquella pesadilla.

Me ví cura, como digo, y me encontré rodeado de diez ó doce chiquillos que aguardaban boquiabiertos á que yo les fuera explicando el Catecismo. Las caras de mis discípulos me eran todas desconocidas, sin otra excepción que la de uno que parecía el más travieso de todos, un muchacho rubicundo, pelado al rape y de ojillos vivarachos.

Yo dedíqueme á cumplir con mis deberes de cura. Empecé por largar un torniscon al chicuelo que tenía más á mano, tomé un polvo de rapé, tosi, solté un estornudo y abrí el Catecismo; y acertó á ser por los maldicidos pecados capitales. ¡Era de temer!

—¿Cuántos son los pecados capitales? pregunté á uno de los muchachos.

El chiquillo se limitó á repetir, canturreando, dos ó tres veces la mitad de mi pregunta:

—Los pecados capitales... los pecados capitales... los peca...



Nuevo jefe militar de Petersburgo, mayor general von der Launitz.

—¡Basta, cernicalo!... Otro, usted mismo—y señalé al rubicundo muchacho.

Este no se hizo esperar; con esa impaciencia propia de los chicos que saben bien una cosa y anhelan ser preguntados, me hizo una larga relación de caretila. Yo intenté atajarle diferentes veces; pero el muchacho no hizo alto hasta que soltó cuanto sabía. Yo reconozco que dijo cosas extrañas; pero, una vez explicado que todo fué un sueño mío, nadie ha de tomar á mal que las publique yo aquí, ya que, por mundanos respetos, he dejado de escribir el artículo mordaz que se me había pedido.

He aquí ahora la relación del chiquillo:

Los pecados capitales que condena el Catecismo no son más que siete; hay muchos más que no constan en el dicho libro porque se escribió, sin duda, en unos dichosos tiempos en que no había concejales ni otras gentes pecadoras. Nos limitaremos á estudiar aquellos siete.

El primero es la *soberbia*, pecado propio de cuantos, por haber logrado algo, aspiran osadamente á conseguirlo todo. La soberbia es unas veces fuerza que eleva, y otras, no pocas, avalancha que derriba; la soberbia tiene al señor Sol y Ortega arrinconado en su casa, y, si Dios no lo remedia, va á sepultar á Lerroux entre los escombros de la llamada Casa del Pueblo con manifiesta exageración.

El segundo es la *avaricia*.

(Aquí me citó el muchacho una docena de nombres; pero hizo la relación tan á prisa que no entendí bien ninguno. Algo dijo—no lo recuerdo bien—del señor Febrer y Sistachs, arrendatario de las contribuciones; pero supongo que no habría relación alguna entre el nombre de este temible señor y el pecado que estudiábamos.)

El tercer pecado es la *lujuria*.

¡Aquí sí que podría citar nombres! No lo hago porque todos los señores á que podía aludir son casados, sin más excepción que don Pepito Collaso, á quien tampoco quiero citar, porque tiene malas pulgas de distintas procedencias.

Cuarto pecado la *ira*, de la que en nuestro actual Ayuntamiento tenemos decididos partidarios. Entre otros, podríamos citar á los señores Marsá, Lopez y Layret, si bien es justo añadir que su ira se manifiesta tan solo contra la Comisión de Consumos.

Quinto pecado la *gula*. Comer con exceso comen muchos; pero de los glotonos que conocemos, los que digieren mejor son sin disputa el robusto Quero, visitador de Consumos, y el panzudo Espinosa, jefe de los matarites.

Estos Gargantúas oficiales bastan y aun sobran para desmentir á cuantos van por ahí diciendo que en España estamos todos famélicos y canijos.

Sexto, *envidia*. Todos cuantos conocemos envían algo de alguien: Borrell y Sol le envidia la primera vara al señor Giner de los Ríos; Cambó envidia á Rahola la diputación á Cortes; Valentí Camp envidia á todos los que han conseguido algo, y así sucesivamente.

Séptimo, *pereza*. De este pecado no hay manera de hablar mal, por ser pecado español. Pero si quisiéramos citar algun perezoso ilustre, pondríamos á la cabeza al señor marqués de Ma....

Muy grave debía de ser lo que iba á decir el endiablado muchacho, pues yo, que hasta entonces le había escuchado paciente y casi casi con gusto, rebrinqué en el lecho, me llevé maquinalmente las manos á la cabeza, y, hallándome sudoroso y temblon, tuve miedo y encendí luz.

Diez minutos despues, completamente despierto, no me quedaba de esta rara pesadilla otra cosa que el recuerdo.

MANUEL GIL DE OTO.



Los pecados capitales.-II



Cojedlo bien, que esté todo guardado.
Encajonadlo pronto.

Sudor les ha costado á tanto tonto
que para que gocéis han trabajado.

ZARANDAJAS

YO PECADOR...

Había almorzado bien y creía tener un duro cuando resolví ser virtuoso. Eso me dije—me dará honores en la tierra y la gloria en el cielo y, además, ¡quién sabe! quizás me otorgue la Sociedad Económica uno de los premios anuales á la virtud...

Pero he aquí que con sólo estos sanos y buenos propósitos resulta que ya había cometido el primer pecado: había sido soberbio. Sí, sí, soberbio y muy soberbio, creyéndome capaz de lograr las perfecciones morales y acreedor á los consiguientes premios.

¡Y qué digo un pecado! Dos eran los cometidos, porque no había dejado de influir en mi decisión el puñado de pesetas ofrecidas por la Económica como recompensa á la virtud. Había sido avaro,

Visto este primer fracaso de mis propósitos de virtud, calculé que la cosa ofrecía más dificultades que las por mí supuestas, y meditando sobre ello me quedé adormilado y dejé para luego el ser virtuoso ¡Por vida! Otro pecado. Antes de empezar el camino de la virtud tropezaba con la pereza.

—¡Y van tres! — exclamé indignado. ¡Voto á...! No, ya son cuatro; he caído en la ira. Esto se pone feo y me parece que me quedo sin el premio á la virtud.

Y tanto que me quedo. Como que ya he empezado á perder una de las más eminentes: la Esperanza.

Pero aun tengo Fe, y la Fe salva. Para ayudar á la digestión, que se presentaba laboriosa, pido una copita de *cognac*; lo encuentro bueno y tomo otra, y ¡adiós! otro tropiezo, y cinco pecados: la gula.

¡Caramba, caramba! ¿Cómo harán algunos para ser virtuosos? ¡Felices ellos, que aciertan en asunto tan difícil!

Claro; enseguida [de proclamar la felicidad de

tales seres se avivó el deseo de alcanzarla, y con él ¡otro pecado! la envidia. ¡Van seis!

Aquello no podía continuar. Yo quería ser virtuoso, al menos para que los periódicos tuvieran algun calificativo que agregar á mi nombre en el suelto necrológico que supuse me dedicarían los compañeros.

Llamé al camarero para pagar. Lo que yo creía ser un duro y valer veinte reales era un duro, es cierto, pero *sevillano*. Mi fe perdió fuerza y mi duro nueve reales. Todo eran obstáculos para la virtud. El crédito tuvo que hacer el oficio de salvador.

El *cognac* y la manera que las señoras tienen de recogerse la falda me hicieron mirarlas con deleite y... ¡Ya están todos, hasta la lujuria!

Empeñado en ser virtuoso, había cometido los siete pecados capitales ¡en media hora!

Un amigo, algo sociólogo y filósofo, á quien encontré, por cierto en un estado lamentable de indumentaria, y al que expliqué mis cuitas, me pidió dos pesetas y me indicó que no había más que un pecado, el egoísmo, y una virtud, el altruismo.

¿Quieres ser virtuoso? Dame las dos pesetas y serás altruista.

Traduje al castellano el duro *sevillano* y me dieron once reales. Entregué al amigo las dos pesetas, pensando que empezaba á ser virtuoso.

El amigo me dejó enseguida para colgarse al brazo de una *socia*; y oí que le decía:

—Te convido. He encontrado un primo.

Algun tiempo despues observé que llamaban virtuosos á los grandes pianistas.

Y entonces me convencí, porque toco algo sin solfa, que yo era virtuoso... de oído.

JERÓNIMO PATUROT.
Moralista con un dedo

El hambre en Rusia



Distribucion de viveres entre los indigentes del gobierno de Tula.

Los pecados capitales.-III

LUXURIA



—¡Qué monos! ¡Qué guapos! Me gustan así.
Dejad que los niños se acerquen a mí.

La castidad

El santo, el anciano *fakir* entró en el palacio. Lentamente atravesó las vastas estancias, y, á su paso, inclinábanse, en reverente actitud, los nobles, las damas, los altos dignatarios, los generales y los emisarios de los demás reinos de Oriente, que comentaban en las antesalas el fausto acontecimiento.

El rey salió á su encuentro. Y acompañó al venerado *fakir* hasta la pequeña, la artística cuna de áurea filigrana, donde, cubierta con las más ricas sederías, dormía, plácida y tranquila, la recién nacida princesa. El santo anciano, un poco encorvado, contempló unos instantes aquella hermosa criatura. Luego, irguiendo su nevada cabeza, volvióse hacia el rey y le dijo:

¿Qué deseáis, ¡oh buen rey!, para vuestra hija?

El rey reflexionó unos instantes. Hermosa—pensó— ya lo es; rica, también; gloria, tiene toda la de su reino.

—Santo anciano—dijo—, que no sea víctima de un mal esposo; que no pierda el amor de su pueblo; que no caiga en miserias y viles tentaciones. Deseo, santo *fakir*, que mi hija posea todas las virtudes y que nunca lleguen á faltarle.

—Buen rey—dijo el anciano—, tú eres justo; tus deseos son santos; pero quizás ignoras lo que pides. No obstante, concedido lo tienes.

Y extendiendo su diestra descarnada sobre la pura faz de la hermosa princesita, díjole con voz débil, sibilante:

—Sé humilde, sé caritativa, sé diligente, sé paciente, sé parca, sé casta, y tu nombre será, desde ahora, Ebené, *la flor pura*, que es cómo el cielo y nosotros deseamos que seas.

Y el *fakir* abandonó la regia estancia. Ya fuera del palacio, al cruzar los espléndidos jardines, detúvose un instante y dirigió al cielo su mirada. El día comenzaba á declinar. *Bel, Nergal, Siloc*, no habían aun aparecido. Solo *Istar, Istar la bella*, destacaba en la azul inmensidad, con el rápido, el constante girar de sus múltiples, lumínicas facetas...

II.

Y de esto diez y seis años transcurrieron. La hermosura de Ebené llegó á ser prodigiosa. El

amor que sus padres y su pueblo la profesaban no tenía límite. La hermosa, la sin par princesa, mitigaba con su caridad inagotable los dolores de sus súbditos; conversaba, acariciaba y distinguía á los humildes; sufría, pacientísima, las rarezas, inconveniencias y torpezas de sus servidores. Su vida era sencilla, parca, angelical.

Desde niña tenía, para compartir sus juegos, un lindo, un pequeño paje. Y este paje daba todas las mañanas, al rayar el alba, unos ligeros, unos suaves golpecitos en la habitación de la princesa. Entonces ella se levantaba, recogía su larga cabellera, vestía una túnica de seda blanquísima, bañaba su rostro en la jofaina de oro, y alegre, sonriente, en busca del lindo paje, salía á los jardines. Y ambos escuchaban, andando por extensas alamedas, el primer canto de los pájaros; aspiraban el primer perfume de las flores y acariciábales el fresco, el suave, el vivificante airecillo matinal.

Luego, ya en la orilla del río, se detenían un



Los pecadosales.-IV — ¡Guerra al infiel liberal!
— ¡¡Animal!!

momento. Ebené contemplaba el correr constante, acompasado, silencioso, de las cristalinas aguas. Y el paje, entretanto, arrancaba un hermoso cuerno de oro, sumergíalo en el transparente líquido, y, lleno ya, ofrecíalo á la hermosa princesa. Después, discurriendo por los bosques, por los jardines, por las orillas del lago, cogían las más hermosas flores que encontraban, y con ellas, al pie de corpulento sicomoro, tejía el bello paje la preciosa, la perfumada guirnalda con que todos los días coronaba á la angelica Ebené.

Pero he aquí que una mañana fué muy largo el paseo. Y la bella princesita, sintiéndose cansada, se acostó al llegar. El pajecillo se sentó al lado de la cama y con voz suave, dulce, argentina, comenzó á cantar. La princesita se durmió.

Entonces el paje cesó en su canto y quedó, contemplándola, absorto. Con cuidado apartó de su frente unos hermosos rizos; luego, inconsciente, pasó suavemente su mano por la abundosa cabe-

llera, acarició su frente, alisó sus finas, suaves, sedosas cejas, y volvió á quedar mirándola.

Ebené dormía tranquila, un poco sonrosada, un poco sonriente....

Y el paje no pudo contenerse. Apartó las ricas telas que cubrían á la princesa y acarició su ebúrneo cuello, sus sonrosadas mejillas, sus magníficos hombros. Ebené despertó; sus bellos ojos miraron amorosos á su lindo compañero y una sonrisa pura, angelical, se dibujó en sus labios.. El paje sintió un ligero, un rápido estremecimiento en su cuerpo, y, acercándose más, depositó un largo, un ardiente ósculo en la bella frente...

Ebené cerró sus ojos. Una intensa palidez cubrió su rostro. Su cuerpo, hermoso, escultural, se enfrió rápidamente..

III.

Nobles, damas, dignatarios, generales, emisarios, comentan en los amplios salones el inespe-

rado fin de la princesa. De pronto se hace un profundo silencio. Y el santo, el venerado *fakir* se dirige lentamente á la regia cámara. El rey, presa del dolor más profundo, le acompaña hasta el pie de un soberbio catafalco. Y allí contempla el *fakir* unos instantes el cuerpo inanimado, aun sonriente, de la bella, de la adorada princesa.

—Santo anciano— exclama de pronto el rey, con voz entrecortada—, ¿por qué ha muerto? ¿Por qué el cielo tan cruelmente me aflige? . .

—Buen rey— va diciendo el *fakir*, con voz tenue, sibilante—, vuestra hija, segun vos pedisteis, tenía todas las virtudes. Unos minutos más de vida hubieran arrebatado su pureza.

—Entonces— dice rápidamente el rey—¿alguno atentó contra su cuerpo?

—Nadie, Señor. La vida misma, con un solo pensamiento, con un solo estremecimiento, iba á empañar para siempre el espíritu virginal de la princesa.

El rey, desesperado, volvió al *fakir* la espalda y dirigió al cielo una mirada, preñada de dolor, de dudas, de sublimes interrogaciones...

El día declinaba. El cielo se oscurecía lentamente y la mirada del rey solo encontró en el firmamento á la bella, la brillante *Istar*, que sobre el fondo oscuro del crepúsculo, destacaba con el rápido, lumínico girar de sus brillantes facetas.

CARLOS JORDANA.

La soberbia eclesiástica

No se ha dado en el mundo un caso más inaudito, raro y curioso que una institución que pretende ser fundada por una personalidad que hace de la humildad y la pobreza el nervio y base de toda su doctrina, y, sin embargo, sea el orgullo y la soberbia personificados.

Ni en los anales babilónicos, ni en las doradas magnificencias del Imperio romano, ni aun á través de los risueños velos de la leyenda griega es posible hallar un sér ó sociedad que haya rendido á la soberbia un culto más completo que la Iglesia católica.

Sirvióle el Evangelio y la doctrina en él contenida, anatema perpetuo del orgullo, para fabricar el escabel donde tomó asiento la jactancia y la vanidad más escandalosas; sobre la humanidad de Cristo doliente, humillado y despreciado se formó el endiosamiento eclesiástico, llegando hasta el vértigo y la locura. Para convencerse de esto basta dirigir una rápida ojeada al desarrollo histórico de la Iglesia: mientras la persecución judaica y la tiranía romana oprimieron su cerviz con su férrea planta, la Iglesia se revistió de los esplendores de aquella aureola forzosa; pero cuando pasó de dominada á dominado-

ra, cuando escaló el mismo solio de los Césares, su arrogancia no tuvo límites y solo fué su ideal ver ante sus plantas á todos los pueblos y á todos los reyes.

La soberbia es el pecado eclesiástico peor y la raíz y causa de las infinitas manchas que lo hacen odioso; en todo aquello donde ha llegado su influjo, su poder y su dominio la soberbia se escapa por todos los poros, y en su doctrina y en sus hombres solo este maldito vicio aparece, corrompiéndolo todo en la pretendida obra del humilde Jesús.

La Iglesia ha sido siempre enemiga irreconciliable del pobre, ha colmado de halagos y ha servido de manto protector á los crimenes de todos los ricos; su predilección solo ha sido para los magnates y poderosos. Ella ha enseñado que toda la autoridad real nacía de su seno, y ha tratado como esclavos á los reyes y emperadores cuando su espada se ha negado á secundar sus caprichos. El papa pretende ser el primero de los mortales, se declara á sí mismo sagrado é infalible, solo como una gran merced otorga el que los labios más augustos rocen ligeramente su zapato, da reinos y los quita, trastorna el

El hambre en Rusia



Reparto de leche á los niños indigentes.

Los pecados capitales.-V



A pesar de que el tío es tan tragon, no tiene ni una sola indigestion

orden universal político á su capricho y cuando fulmina una anatema la Europa entera siente convulsiones de muerte. Ahí están las páginas de la Historia que prueban todo esto, dándonos al mismo tiempo idea perfecta del orgullo satánico de unos hombres que se llamaban en la tierra *vicarios de Cristo*.

Gregorio VII fué la personificación de la soberbia eclesiástica; soñó é intentó realizar la monarquía universal, y desde que sugiere á Alejandro II la idea de que haga comparecer en Roma á Enrique IV para responder de su conducta, hasta que muere, toda su vida fué la exaltación más repugnante de la más desenfrenada soberbia, y á este papa le llaman los católicos el *más glorioso de los pontífices*. Al rey de Francia le amenazó con quitarle el reino; al de Hungría le dice que su reino es propiedad de la Santa Sede, distribuyó las coronas de Polonia y Alemania, dió el principado de Gaeta al conde de Aversa, el trono de Demetrio de Rusia lo entrega á su hijo, hizo pagar tributo á Wratislao, rey de Bohemia, y depuso al emperador Nicéforo Botoniates. A los condes de España tuvo el cinismo de escribirles:

“No ignorais que desde los tiempos más remotos el reino de España es propiedad de San Pedro y que pertenece todavía á la Santa Sede y á nadie más; porque lo que una vez ha entrado en la propiedad de la Iglesia nunca deja de pertenecerle.”

Sería inútil seguir; todos los papas, según se lo han permitido el tiempo y las circunstancias, han dado las mismas muestras de soberbia. Aún hoy, que na-

da significan en el orden temporal, siguen jugando á los reyes por la débil complacencia de algunas naciones.

En los ceremoniales del culto solo se ven acatamientos, reverencias, genuflexiones y humillaciones ante los obispos, que ante el altar reciben más homenajes y adoraciones que su mismo Dios.

Todo, absolutamente todo lo que se relaciona con la Iglesia, aun la más sencilla ceremonia, está saturado de la más emponzoñada soberbia; el papa, el obispo, el cura y el fraile se consideran dueños legítimos de todas las almas y de todos los cuerpos, y por eso no se han contentado con ahorrerjar la inteligencia, sino que han enviado también á la hoguera los cuerpos de los que les han escatimado el pleito homenaje.

Y entre tanto el espíritu del manso y humilde Jesús huye cada día más y se aleja de esta institución sostenida en el orgullo, y en la cual del pobre Nazareno solo queda ya el nombre sonoro, como reclamo para los incautos.

La Iglesia está divorciada de Cristo, porque Cristo era humilde y ella es orgullosa; su Código no puede ser el Evangelio, porque allí se preconiza la humildad y ella es la soberbia.

Llegará un día en que para definir á la Iglesia católica se dirá así:

“Es el conjunto de todo lo contrario predicado por Jesús y contenido en el Evangelio.”

A pesar de esto, aun tiene prosélitos.

¡Oh, ceguedad humana!

FRAY GERUNDIO.



LA LUCURIA

El director me ha ordenado que este pecado horroroso trate con sumo cuidado, y, la verdad, me he asustado, porque el tema es escabroso. ¿Cómo escribir bien ni mal, sin ofender la moral de las personas formales, del pecado más mortal de los pecados mortales? Por eso yo, arrepentido de haberme comprometido á exponerles mi opinion, cucamente he decidido hacer una informacion, pidiendo su parecer á personas, que á querer hablarnos con claridad, pueden hacerlo, por ser votos de gran calidad.

Que conste, pues, que no escribo ni una sola opinion propia y que las que aquí transcribo solamente las suscribo por el trabajo de copia.

UN EX-CONCEJAL

Como el tema es arriesgado trataré de ser conciso. La lujuria es un pecado que nació en el Paraíso. Y hartó al ver que todos dan en el error tremebundo de achacarle al pobre Adán todos los males del mundo, y hastiado de haber oído que fuera mejor la vida si él no se hubiese comido la manzana maldecida, yo, que en este asunto opino de muy distinta manera y que no le recrimino porque la fruta comiera, me he creído en el deber de hacer constar á las gentes que no soy del parecer del resto de los vivientes. Pues hallo tan natural que Adán diese aquel bocado que hasta pensaría mal si no la hubiese probado. En resumen, que no admito que obró mal; tanto es así, que no veo tal delito, y hasta he pensado de mí que si el día de mañana pudiese obrar de igual modo, no digo yo una manzana, ¡me como manzano y todo!

Creo que me explico bien,



El famoso escritor y revolucionario ruso Máximo Gorki en Berlin



El general ruso Linievitch, ex-comandante del ejército de Manchuria, á su llegada á Petersburgo.

aunque contesto corriendo. (Hay un sello del Eden y una firma que no entiendo.)

UN EX-DIPUTADO PROVINCIAL

Sé que recuerda la gente mi pasado borrascoso y me llama lujurioso; pero, desgraciadamente, el pasado quedó atrás, los años me han hecho cuerdo y sólo guardo el recuerdo agradable y el compás. No puedo, por consiguiente, darle la contestacion.

que me pide; mi opinion ahora fuera impertinente, pues la consulta me pilla tan viejo y tan achacoso que sólo soy lujurioso de boquilla.

UN EX-GOBERNADOR CIVIL

(CONTESTACION TELEGRÁFICA)

La lujuria es un pecado que me tiene arruinado, pues he visto con horror que ese pecado tan grato es solamente barato para el que es gobernador.

LUIS JULIAN ECHEGARAY.



¡AGUA VA!



¿Se han fijado ustedes en el telon de *Eldorado*? Véanlo y leerán:
 "Máquinas de coser bicicletas."
 Así, tal como suena.
 ¡Caramba y qué agujas harán falta para eso!
 Más duras que el corazon de Comillas ó que la cabeza de Valenti.

Y á propósito del ilustre sabio. Ya sabrán ustedes que al fin no va al Congreso antropológico de Génova. Renunció á desempeñar tal comision porque tuvo trece bolas negras.

¡Trece que no reconocieron su sabiduría!
 ¡Cómo estará el pobre hombre!
 Porque de un lado el ver que no es universal la admiracion hácia él y de otro el haber perdido las mil quinientas del ala que suponía el viaje, lo tendrán inconsolable.
 Pero ya se vengará él de todos.
 Le basta con escribir una nueva obra.

Pero ¿y quién va á ir á Génova?
 Por delicadeza no puede ir Guillermo Lopez.
 ¡Como no le ofrezcan la comision á Oliva!

..

Los pecados capitales.-VI



Tambien los poderosos
se sienten, á las veces, envidiosos

Don Alejandro Pidal
y Mon
vá á resucitar la Union.
Ese pobre carcamal,
que aspira á la bendicion
papal,
de tiempo se ha equivocado.
Se ha olvidado
que vive en el siglo veinte
y que no está ya la gente
para ese credo averiado.
Nos pedirá muy formal
que estudiemos religion
y moral.

¡Pobre señor de Pidal
y Mon!
¡Su cerebro anda muy mall
¡Déjese de chifladuras,
que los curas
mucho terreno han perdido!
¡Deje en paz á su partido!
¡Déjese usted de locuras!
A menos que su regreso
á la política activa
sea para que reviva
su cacicato. Y si es eso,
si es que quiere el Principado
tener de nuevo copado,
francamente,
tenga usted mucho cuidado
porque ya no está la gente
como en el siglo pasado.
Por que en Asturias tambien
están hartos de mesnadas
y, aunque callados estén,
cuando les parezca bien...
lo echarán de allí á patadas.

¿Han visto ustedes
que en el Ferrol
se ha suspendido
la procesion,
y echando diablos
de allí salió
de jesuitas
el batallon,
que había acudido
tras el olor
de las pesetas
de algun simplon?
Ha sido el mismo
gobernador
quien prohibió la pe-
regrinacion.
¡No cabe duda!
Si con ardor
demuestra el pueblo
su decision,
no valen mitras
y ¡se acabó!
él es quien manda
sin remision.

Si todos hacen
como el Ferrol,
si los recibe
así *tó* Dios,
veremos dónde
vá el batallon
de jesuitas
que existe hoy,
y acude siempre
tras el olor
de las pesetas
de algun simplon.

Los periódicos madrile-
ños afirman que María
Guerrero en el estreno de
La princesa Bebé hizo un
verdadero derroche de ga-
las.

Serían de tela, porque
lo que es de arte dramá-
tico...

Del viaje regio á Canarias ape-
nas hemos sabido nada. No de-
jaron embarcar á los correspon-
sables en el *Alfonso XII*, y de ahí
esta conjura del silencio.

Nosotros no somos perio-
listas de cámara; pero sentimos el per-
cance.

Aunque solo sea por las exigen-
cias de incienso que han quedado
sin consumo.

Las monjas del convento de don
Juan de Alarcón, de Madrid, se
han disgustado por que *ABC* ha
dicho que vendían pucheritos de
potaje.

Ahora que allí dan rancho en

los cuarteles á los obreros sin tra-
bajo la noticia es peligrosa.

Pudieran quedarse sin puche-
ros...

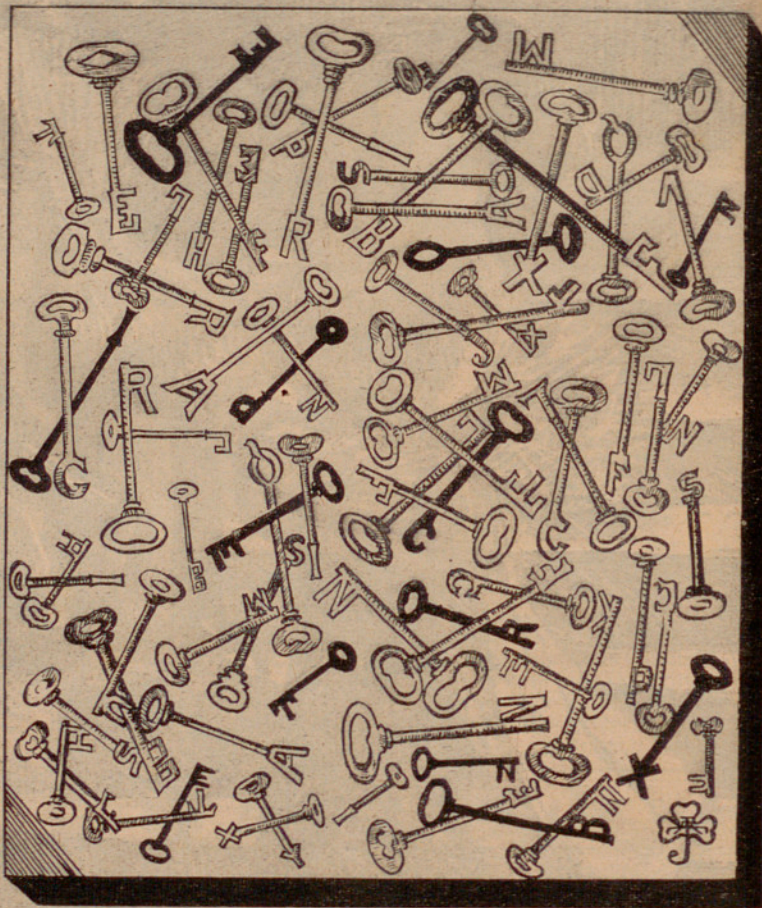
Porque entre un soldado y una
monja la eleccion no es dudosa.

Ya habrán ustedes leído que en
una fábrica de Sans el amo ha
fijado un cartel, en que se dice:
"El que blasfema de Dios es más
burro que los burros."

Y que los obreros han protes-
tado de que se convierta el taller
en púlpito.

Yo hubiera protestado solamente
de la falta bestial de educacion
que supone plantar un cartelon
escrito en un lenguaje tan decente.

CONCURSO NÚM. 16.--LLAVES MODERNISTAS



Los que quieran embolsarse los duros que ofrecemos como premio, no tie-
nen más que combinar las letras de veintiseis de esas llaves modernistas, de
manera que expresen el nombre de dos elevados personajes que actualmente
dan mucho que hablar en España. ¿Quieren cosa más fácil?

Entre los que remitan la solución que publicaremos en el número corres-
pondiente al 28 del actual, se distribuirá por partes iguales un premio de
50 pesetas; caso de ser solo uno el que la remita, á él le será adjudicada la
referida suma. Las soluciones, que únicamente se admitirán hasta el día 22,
deberán enviarse bajo sobre cerrado, expresándose con toda claridad el
nombre del remitente y las señas de su domicilio.

Quebraderos de cabeza

CHARADA

(De Sierra Valiente)

Un primera seguida tercia dos de tres cuatro una dos (por dos tercera primera cuarta Caco), si al fin todo aleve su maldad favoreciera.

TARJETA JEROGLÍFICA

(De Luisa Guarro Mas)



SOLUCIONES

Al concurso n.º 14-BLANCO y NEGRO



(No hemos recibido ninguna solución exacta)

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 24 de Marzo.)

AL ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS
El labriego echó a las gallinas 866 granos de maíz

LICOR DEL POLO

Con el uso diario de tan excelente dentífrico jamás se sufren dolores de muelas, caries dentarias y en general ninguna enfermedad de la boca. Por esto los que practiquen la Higiene dentaria con el Licor del Polo ahorran mucho tiempo y mucho dinero en operaciones bucales.

A LAS CHARADAS

Margarita
Federico

A LA CHARADA EN ACCION

Capitanes de navío

A LOS PROBLEMAS

En la carretera trabajaron 60 obreros durante 480 días y cobraron un jornal diario de 12 reales.

El capital del padre era de 525 pesetas, y el del hijo 1727.

A LA COMBINACION

Campos Cataláunicos

A LA INTERCALACION CHARADÍSTICA

Alcachofa

A LA ADIVINANZA

Sandía

AL JEROGLÍFICO

Cadenas y eslabones guardan al preso

A LA FRASE HECHA

Hay moros en la costa

Han remitido soluciones: Al rompecabezas con premio de libros: Otilia Liñan, Aristides Cot, Juan Miret, José Iniesta Sauri, Washington Miguel, José Bonafont, Manuel Risques, G. Sinca Klorc, «Un admirador (?) de Moret», José Domingo, Jaime Duran y C. Latorre. Entre dichos señores distribuiremos los cupones canjeables por libros.

A la charada en acción: Estela Tolrá, Rosa Ledesma, Carmen Ferri, María Romagosa, Roman Pol, Narciso Perbellini, José Rafols Prat, Bienvenido Llorens, Pepito Mengibar, Manuel Risques, Manuel Colomé, Francisco Vaello Lopez, Mario Rosés, «La Diana», José Bonafont, Miguel Ferrer Dalmau, Francisco Masjuan Prats, Narciso Prat, Julio Suñer, Antonio Agulló, Antonio Salarich (Tiana), T. Ubeda Pineda, Enrique Gras, Juan Pardellans, Santiago Valls Pallejá, Ramon Socarrina, Marcelino Claramunt (Vilafranca del Panadés), José Fernandez, José Culell y Pedro Lisachs.

A la primera charada: María Romagosa, Estela Tolrá, Carmen Ferri, Antonia Penan, Francisco Vaello Lopez, Narciso Perbellini, José Rafols Prat, Antonio Agulló, Francisco Simeli, T. Ubeda Pineda, Enrique Gras, Marcelino Jimenez, José Prats, Marcelino Claramunt, Julio Suñer, José Fernandez, José Bonafont, Washington Miguel, Pepito Mengibar, Manuel Risques y Bienvenido Llorens.

A la segunda charada: Antonia Penan, Manuel Colomé, Francisco Vaello Lopez, José Rafols Prat, Narciso Prat, Pepito Mengibar, Manuel Risques, Antonio Agulló, Salvador Bergés, T. Ubeda Pineda, Enrique Gras, Juan Pardellans, Vicente Borrás Baiges, José Casas Minguell (Mafaró), José Prats, Marcelino Claramunt, Julio Suñer, José Fernandez, Roman Pol, Bienvenido Llorens y Manuel Torres.

Al problema primero: Antonio Agulló, Ginés Solá, Julio Suñer, Pedro Toll, José Rafols Prat, Bienvenido Llorens, José Lacasa, Francisco Vaello Lopez, Antonio Llanas y Ramon Pons.

Al segundo problema: Antonio Agulló, Ginés Solá, Julio Suñer, José Culell, Pedro Toll, José Rafols Prat, Bienvenido Llorens, José Lacasa, Francisco Vaello Lopez, Antonio Llanas y Julian Maspons.

A la adivinanza: María Romagosa, Carmen Ferri, Conchita Bach, M. Moreno de Baguena, Francisco Masjuan Prats, Francisco Vaello Lopez, Julian Maspons, Antonio Agulló, A. Vallés, José Corrons, Blay Cortés, Marcelino Jimenez, Andrés Ribó, R. Armengol, Ramon Socarrina, Julio Suñer, José Fernandez, José Bonafont, Manuel Colomé y Roman Pol.

A la combinación: Francisco Masjuan Prats, «La Diana», Miguel Ferrer Dalmau y José Rafols Prat.

A la frase hecha: Rosa Ledesma, Carmen Ferri, Francisco Masjuan Prats, Antonio Andreu, Enrique Gras, Narciso Prat, José Culell y Manuel Risques.

A la intercalación charadística: Carmen Ferri, Francisco Masjuan Prats, Marcelino Claramunt, Julio Suñer, Manuel Risques, José Rafols Prat y José Lacasa.

GRASA SUPERIOR para CARROS

MARCA

EL PROGRESO

Los pecados capitales.-VII



Si será perezoso
que espera á ver si quiere un pasajero

mostrarse bondadoso
y levantar del suelo su sombrero.